

LOS AVATARES DE LA JUSTICIA: UNA TARDE EN EL JUZGADO*

TANIA LUNA BLANCO**

El funcionario del Despacho me mira de reojo. Disfruta si me equivoco, se molesta si le pregunto. Evade mi mirada a propósito. Le desagradan las abogadas noveles y sus inoportunas preguntas.

Esta es una profesión de siglos de historia, de costumbres arraigadas, de formas compartidas, de hombres destacados, de oradores contundentes. No hay tiempo para enseñar en el camino. Si quieres aprender lo haces por tu cuenta. El mundo de la Facultad de Derecho no se parece al mundo de afuera, nada te prepara para lo que viene. Él lo sabe, de alguna forma lo vivió, me ve vivirlo y lo disfruta.

Insisto en mirarlo en un intento por reconocer su humanidad así no quiera reconocer la mía. ¿Por qué no puede mirarme y responder una pregunta? Él es un tramitador. Yo soy una intermediaria. Nuestro trabajo es dejar a la humanidad por fuera de los estrados judiciales. En este espacio poco importa quiénes somos, a qué tememos o qué soñamos. Se supone que nada de nosotros debe existir dentro de esos expedientes. Jugamos a la neutralidad y a la imparcialidad; el pensamiento desaparece sigilosamente. Él no es la justicia.

Existimos sin existir, pero a fin de cuentas nuestro trabajo es el mismo. Nos pagan por transformar lo humano en jurídico, lo coloquial en formal, el hecho en norma, el tiempo en términos, el papel en folios, el dicho en testimonio, el saber en peritaje, la verdad real en verdad sumarial, las historias en radicados y la pita en cuerda procesal.

Él sabe que aumentaré sus horas de trabajo porque debe atenderme, por lo tanto, hace más difícil mi quehacer con su actitud displicente y, en

* Recepción del original: 29/05/2021. Aceptación: 10/07/2021.

** Graduada y profesora colombiana en la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.

una venganza que dura veinte minutos, me paso de la hora de cierre del juzgado revisando acuciosamente el expediente. Lo inesperado pasa: los tres cuadernillos del expediente se desarman en el camino. La cuerda procesal no aparece. Olvido respetar el orden de los folios. Rompo sin querer la carátula del expediente y alarmada, en un acto de extrema torpeza, dejo caer al suelo del Despacho trescientos folios. ¡Las abogadas noveles tenemos tanto que aprender!

Él me mira suplicante. Me pide que reconozca su humanidad así no quiera reconocerlo. Quiere que le devuelva el expediente para que pueda organizarlo todo, cerrar el Despacho y regresar cuanto antes a casa. ¿Por qué no puedo mirarlo y entender que duplico su trabajo? Tan solo somos intermediarios, a fin de cuentas, nuestro trabajo es el mismo. Yo no soy la justicia.

Mañana será otro día de avatares en la justicia. Volveremos a desconocernos y reconocernos. Haremos nuestra magia para transformar lo humano en jurídico. Dejaremos a la humanidad por fuera de los estrados judiciales. Después de todo, no somos la justicia.